NOTAS*

LA UTOPIA DE PENSAR**

*Ernesto Garzón Valdés****

Suele decirse que Max Scheler, filósofo preocupado por la objetividad de los valores morales, llevaba una vida personal no muy acorde con sus prédicas axiológicas. Ante el menor reproche por esta divergencia entre lo debido y lo actuado parece que respondía: "Yo soy como el cartel que indica el camino y, al igual que lo que ocurre en las carreteras, el indicador no las recorre." Un claro caso de disonancia cognitiva.

* Los trabajos incluidos en esta sección fueron leídos por sus autores con motivo de la presentación del libro de Carlos de la Isla, *De la perplejidad a la utopía* (México, Fontamara), celebrada en la Biblioteca Manuel Gómez Morín, con sede en el ITAM Río Hondo, el 8 de octubre de 1998.

** Este texto constituye el Prólogo de la obra presentada.

*** Universidad de Maguncia.

A lo largo de los años he conocido muchos 'indicadores', dispuestos siempre a señalar lo que debe hacerse pero reacios a practicar lo que ellos mismos sugieren o aconsejan. La adhesión retórica a los principios o reglas que propician los libera del esfuerzo de cumplir con lo, según ellos, debido. Pero he conocido también personas que, sin aspiración de santidad y con la parcialidad razonable que todos llevamos dentro, procuran acercarse al ideal que se han impuesto y transitan por la vida sin las estridencias de los mentores y con la humildad de los que saben las dificultades que es necesario superar para no sucumbir a la fácil excusa del cartel scheleriano.

Una de estas personas es Carlos de la Isla. Lo conocí hace casi una década en un cubículo del Instituto Tecnológico Autónomo de México. Me impresionó desde el primer mo-

NOTAS

mento la actitud de este hombre de sonrisa amable, sobria elegancia y sensatez de juicio. Después, en mis periódicas visitas a México, tuve oportunidad de conocerlo mejor y contar con el privilegio de su amistad.

Pero esto, que es mucho, no es todo. He leído también buena parte de sus escritos, algunos de los cuales se publican en esta antología. El lector es, por cierto, el juez último y cada cual pondrá su énfasis individual en los diferentes temas que aquí se tratan. Por mi parte, deseo destacar tres temas que, en mi opinión, están presentes en la obra de De la Isla y sirven como hilo conductor de su pensamiento: 1) la idea de la utopía como denuncia y anuncio, 2) la concepción de un humanismo universalista y 3) la propuesta de una educación para la libertad y la tolerancia.

1

Como es sabido, el recurso a la utopía forma parte de una noble tradición intelectual y la expectativa utópica ha sido siempre una actitud compartida por quienes aspiran a una superación del presente desde el diseño de un futuro. Porque el mundo no está totalmente realizado, el hombre puede proyectarse en la espera de lo aún no sabido o de lo aún no experimentado. La esperanza

existe porque la posibilidad aún no realizada afecta no sólo la conciencia humana, sino también el mundo real. Y la utopía esperanzada es también una expresión del rechazo del presente y una forma de rebelión frente a la precariedad de la situación actual. Que tal era el caso lo supieron muy bien los pensadores utópicos, desde Thomas Morus hasta Ernst Bloch. Por ello, la utopía es denuncia. Pero también es propuesta o, en la terminología de De la Isla, anuncio. Anuncio de lo aún no sido, de lo todavía abierto y factible. Este anuncio es una invitación también al ejercicio de la libertad y a la renuncia a una versión hacia el pasado, a lo recordatorio, a aquello que acusa rasgos de anticuario o de museo.

Un indiscutible mérito intelectual de Carlos de la Isla es el haber llamado la atención sobre el papel que debe jugar la universidad en la gestación de utopías esperanzadoras. La universidad no es una institución destinada a repetir lo ya sabido o a guardar lo conocido como almacén de la ciencia, sino el lugar donde se reflexiona sobre lo que todavía no conocemos exactamente a fin de expandir los límites del pensamiento en un dinámico proceso para descubrir lo nuevo que encierra lo ya dado. Tiene, por ello, razón de la Isla cuando afirma.

NOTAS

La universidad tiene derecho a disfrutar de paz si se afirma como utopía permanente, no en el sentido de la elaboración de modelos científicos y sociales muy hermosos pero imposibles, sino en el sentido en que la utopía plena es denuncia y anuncio [...] para ser en verdad libre y poder así denunciar, como juez insobornable, todo lo que haya que condenar en todos los niveles, desde el saber falso y el dogmatismo hasta las más sofisticadas falsificaciones de las estructuras sociales, políticas y económicas. Pero, al mismo tiempo, libre para anunciar las sentencias que se ajustan a la salud de sí misma y de la sociedad.¹

O:

Utopía es un sueño de liberación, es la construcción atrevida de la esperanza. La utopía no se construye con certezas, su edificación no se sustenta en el dogmatismo profético. La utopía germina con frescura y casi ciego atrevimiento allí donde el espacio de la vida humana que-

da tan estrecho que necesita ser ampliado, imaginado, creado.²

2

La utopía que propicia de la Isla no es sólo liberadora y antidogmática sino que también está imbuida por un inconfundible sentido humanista. En una época como la nuestra en la que está de moda la exaltación de la diferencia, la referencia a la comunidad como horizonte de la identidad personal y el renacimiento de los regionalismos como respuesta supuestamente eficaz a la dinámica de la globalización, no está de más subrayar lo que nos une a todos los seres humanos. La apología de la diferencia por la diferencia misma, la inclinación a tolerar todo tipo de juego cualesquiera que sean sus reglas, la creencia de que la identidad individual sólo puede ser entendida como derivación de una identidad social y la sacralización de la cultura parroquial de las regiones encierran el grave peligro de provocar un fraccionamiento belicoso a nivel nacional e internacional a la vez que cierra la vía de uno de los ideales más caros de sentirse fraternalmente unido con sus congéneres y no cree que las fronteras nacionales o regionales fijen límites a su respon-

99

¹ Carlos de la Isla, "Educación: ¿libertad o sometimiento?" Todas las citas pertenecen a trabajos incluidos en este libro (n. e.).

² "De la perplejidad a la utopía."

NOTAS

sabilidad moral. A Carlos de la Isla le interesa más lo que une que lo que separa. Ello no significa desconocer las peculiaridades de cada sociedad o propiciar una homogeneización que ignore las necesidades propias de cada país.³ Lo que importa es buscar

un principio unificador capaz de vertebrar las infinitas divergencias de los intereses humanos. Ese principio unificador es el hombre mismo: el hombre es el único tema que logra interesar a todos los hombres cualesquiera que sean sus grados de inteligencia o sus modos de existir [...].⁴

O:

Ese substrato común de humanidad en la diversidad de personalidades es el fundamento de las semejanzas. Sin él no serían posibles las ciencias del hombre; es decir, es el sustento de validez de toda afirmación sobre lo humano que quiera ser científica y universal.⁵

³ "Reflexiones sobre la educación para la invención del futuro."

⁴ "De la educación oficial conservadora a la utopía de la imaginación."

⁵ "La legitimidad hoy de algunos valores universales."

El énfasis en lo humano, en la creencia en que todas las personas poseen un núcleo compartido es, desde luego, lo que permite dar fundamento racional a deberes y derechos de vigencia universal, inmunes a las diferencias de raza, sexo o convicción religiosa. Es la base de toda moral que no pretenda ser nada más que la expresión de los hábitos y costumbres de una determinada sociedad.

Pero hay algo más: no sólo existe una humanidad compartida sino que la conciencia de esta humanidad puede contribuir a humanizar nuestro mundo y las creaciones de la inteligencia. Justamente en este siglo hemos asistido a las perversiones de la razón y contemplado con espanto hasta dónde puede conducir la racionalidad pura desprovista de todo criterio de razonabilidad. No pocos han abandonado, por ello, su fe en la razón y calificado de fatal extravío el proyecto iluminista. En las ciencias sociales y jurídicas, el postmodernismo, en sus diversas variantes que se extienden desde los *Critical Studies* y el comunitarismo en los Estados Unidos de Norteamérica hasta versiones confusas de una negación indiscriminada de las posturas analíticas en nuestras latitudes, ha contribuido a debilitar la fe en la Ilustración. Pero la salida no está, según creo, en la renuncia a la razón

NOTAS

sino en el intento de humanizarla, de dotarla de una mayor razonabilidad que nos permita evitar la perversión irracional, para usar una expresión de Georg Henrik von Wright. Carlos de la Isla está también convencido de que

sí es posible penetrar de *humanistas* la ciencia, la técnica y la investigación. [...] Sólo el hombre penetrado existencialmente de lo humano puede insertarse en la humanidad y éste podría ser el camino de la educación hacia lo humano.⁶

No creo que sea posible imponer límites al avance de la ciencia y del conocimiento. El postulado del saber prohibido dejó de ser válido a raíz de un mordisco de manzana; ni la curiosidad se agota nunca ni la naturaleza es inmune a la indagación del científico, una de cuyas tareas centrales parece ser justamente tratar de violar sus leyes o descorrer el velo de la ignorancia presuntuosa. Lo único que tal vez pueda hacerse es embretar el uso instrumental de la razón y tratar que no desborde el cauce de lo humanamente razonable. Y ésta es una tarea, como lo sabe y proclama de la Isla, de la educación

colectiva en las aulas universitarias que es donde justamente se practica el uso público de la razón que propiciaba Kant.

3

Si éste es el estado de la cuestión, parece también obvio que la misión de la universidad ha de centrarse en la formación del hombre libre y tolerante. La tolerancia que propugna de la Isla no es la tolerancia permisiva en la que todo vale sino una tolerancia cuyos límites están fijados por aquello que debe estar prohibido sobre la base de buenas razones. Y buenas razones son para de la Isla, entre otras, aquéllas que procuran ofrecer argumentos y programas para superar la injusticia de nuestras sociedades. En su ensayo "Es necesaria una nueva actitud ética en el mundo" presenta una crítica severa del estado de injusticia imperante en las sociedades de América Latina, con especial referencia a la de México. El lector atento podrá encontrar allí un análisis descarnado de la deficitaria situación de nuestros países. Carlos de la Isla asume la postura del universitario utopista cuya misión es denunciar y anunciar:

¿No se hacen las universidades cómplices de los males existentes cuando en vez de dedicar

⁶ "De la educación oficial conservadora a la utopía de la imaginación."

NOTAS

más tiempo y más medios a la formación ética, al desarrollo de la imaginación, de la creatividad, de la invención, se empeñan en reproducir teorías y actitudes que refuerzan el sistema dominante? [...] La universidad tiene la obligación, desde el diálogo universitario, de denunciar y anunciar porque en esto consiste la construcción de la utopía creadora. [...] La universidad debe comprometerse con valores bien definidos, no sólo con el valor verdad que inspira la ciencia, sino también con la justicia, la igualdad, la libertad, la belleza [...].⁷

Algunos de los trabajos que se publican en este libro pueden entenderse como una dolorosa denuncia de nuestros males. Pero son una denuncia que no anula la esperanza de una salida sino que estimula su búsqueda. Son expresión de una conciencia crítica de la sociedad, es decir, 'elucidante y liberadora'. Quizás por ello, de la Isla no cede nunca al pesimismo aniquilante y emprende siempre el camino de la utopía para reacomodarse en la realidad que le toca vivir:

⁷"Es necesaria una nueva actitud ética en el mundo."

En el ambiente contemporáneo de temerosa incertidumbre y obscuridad, hay que conservar la luz que genera lucidez, que ilumina los caminos arriesgados que hay que recorrer, si no con certidumbre, al menos con dignidad.⁸

Y con dignidad ha recorrido y sigue recorriendo su camino Carlos de la Isla. Quien no lo conozca personalmente habrá de inferir a través de la lectura de este libro la existencia de un intelectual honesto, de un cabal profesor que ha sabido hacer de la universidad el centro de sus preocupaciones y que ha podido conservar la capacidad de soñar lo que aún no es sin nostalgias de lo sido.

Quienes lo conocen saben que las páginas que siguen son un fiel reflejo de su discreta sobriedad, de su modestia inteligente y de su pasión manifiesta por contribuir a una vida menos precaria, más auténtica y, sobre todo, más justa. Saben también que lo que escribe Carlos de la Isla no es retórica oportunista sino testimonio de convicciones profundas.

Por ello, este libro es un testimonio válido de una persona que transita por este, a veces desvalido y desgarrado, mundo nuestro de

⁸"Reflexiones sobre la educación para la invención del futuro."

NOTAS

América Latina con la conciencia alerta de nuestros males pero con la optimista confianza en el valor de la persona humana y en la posibilidad de cambiar, a través de la educación y la enseñanza, las estructuras que refuerzan el sometimiento y frenan la libertad. En este sentido, éste es un libro inquietante; es un llamado a combatir el 'amaestramiento' y la 'domesticación'. Es una invitación a realizar la más distintiva de las aptitudes humanas: pensar.